

PRESENTACION

David Ibarra
Seminario de Cuestión Social
Los Retos de México de la
Revista Economía UNAM No. 46
10 de abril de 2019

En el volumen de Economía UNAM, número 46 que presentamos, reúne más de 25 ensayos sobre los más apremiantes retos políticos, económicos, jurídicos, sociales, ambientales y de seguridad que demandan acción de gobierno y sociedad. Rolando Cordera habla con autoridad de las confusiones y omisiones que prevalecen en unir armónicamente democracia, igualdad y economía; Jaime Ros con Casar, destacan la reorientación necesaria de la política económica, mientras Sánchez Vargas discute los equilibrios macroeconómicos a la luz de los problemas de crecimiento del país; Tello, Moreno Brid, Suárez e Ibarra, desmenuzan las trabas presupuestarias, fiscales y de financiamiento que en mucho explican la falta de empuje de la acción estatal desarrollista; Cuauhtémoc Cárdenas, de María y Campos y Ramón Carlos Torres critican las consecuencias del abandono de la política industrial y la necesarísima reorientación de la política energética y petrolera; Navarrete, Romero Tellaeché y Anguiano se refieren con propiedad a los quehaceres de nuestras trucas vinculaciones con el exterior; el diagnóstico rural y los retos de las principales ciudades, son analizados por Cassio Liuselli y Gustavo Gordillo; Mario Luis Fuentes, Norma Samaniego, Saúl Escobar, Campos, Rodea y Enrique Cárdenas examinan las más relevantes cuestiones sociales, la concentración de ingreso, el empleo y el estancamiento de la movilidad de la población; las cuestiones del cuidado del medio ambiente, la biodiversidad, son tratados con rigor por Eduardo Vega y Julia Carabias; los retos políticos, los derechos humanos o los temas de orden

jurídico y de seguridad, son abordados por Woldenberg, Diego Valadés y García Ramírez.

Dos son los males entrelazados que sobresalen y se repiten en los ensayos, raíces de las que derivan o a las que se asocian una amplia gama de carencias, tropiezos o dificultades: la orientación, la precariedad y lentitud del desarrollo en el último cuarto de siglo y una desigualdad honda, invasiva, que separa en el presente y amenaza el futuro de los segmentos afortunados y pobres de nuestra sociedad.

Se vive entonces una época urgida de reordenamientos fundamentales al incumplirse la promesa de mejorar, de imprimir dinamismo, seguridad al bienestar de la población y acercar la justicia económica a los principios de la democracia. En ambos terrenos, la tarea nacional parece en extremo ardua, a lo que se suma el encarrilamiento necesariamente simultáneo, a veces difícil, de un nuevo gobierno.

De 1940 a 1970, la economía nacional creció al 5%-6% anual, después se logró un pequeño 2% más o menos sostenido. De lejos, el principal desajuste es el desajuste social. El 40% de la población nacional vive en la pobreza, el 50% o más de la fuerza de trabajo ha caído en la informalidad, el 10% de la población mejor acomodada se lleva el 60% del producto y el 10% de los menos afortunados recibe entre el 2% y 3%.

Además, encaramos incertidumbres de origen foráneo. En lo externo ocurren desgarramientos políticos y económicos que nos pudiesen resultar calamitosos. Los Estados Unidos, hasta hace poco líder y hegemón del liberalismo o del neoliberalismo, comienza a renunciar a esa función poniendo en jaque las bases creadas de la integración económica y quizás de la prosperidad del mundo. Sus gigantescos déficits de pagos y de endeudamiento, su desindustrialización, le estorban para seguir ofreciendo apertura al mercado norteamericano como aliciente medular del orden económico de Bretton Woods, revisado por el llamado Consenso de Washington.

El cambio tecnológico hasta ahora no orientado ni regulado en el mundo, desplaza mano de obra dondequiera que es posible mecanizar servicios o producción con la computadora. El fenómeno acaso está vinculado a la desindustrialización que aqueja a muchos países desarrollados y a algunos semidesarrollados -México es un ejemplo-, así como a la necesidad de abrir espacio a China y otros países emergentes. Por eso, el ciclo de la productividad desciende, multiplicando los problemas fiscales, distributivos o de comercio exterior de casi todos los países.

A eso, se suman otras cuestiones relevantes y complejas en el mundo: se desconocen los resultados últimos de la renegociación del TLC, de la contienda comercial entre Estados Unidos y China, del Brexit, de la parálisis del proceso europeo de integración, de la desigualdad ubicua en cualquier latitud, del ocaso de las estrategias exportadoras y hasta industriales. Todo ello configura un panorama mundial incierto, proclive a caer en la involución que ya anticipan las proyecciones del crecimiento mundial de los organismos internacionales.

Habrá que aprender que la competencia y el cosmopolitismo no son todo, ni la solución a todo y que pueden resultar distributivamente nocivos. Se necesita y mucho de la libertad e innovación estratégicas de cada nación, de la cooperación externa y de la generosidad universales que converjan en ayudar a las naciones y a los grupos más débiles. Si hemos sido capaces de crear un mercado universal, ahora necesitamos de normas de protección humana que poco a poco tengan el mismo alcance.

México con una política exportadora que empuja poco al producto interno, con una concentración comercial mayúscula hacia los Estados Unidos, con déficits externos casi incurables, con múltiples tratados deficitarios de libre comercio, parece especialmente vulnerable a cambios del orden internacional. Habrá que reconstruir

una política de vinculaciones externas mucho más flexible, más volcada, cuidadosa, a completar sus amarras con la prosperidad nacional.

También en México, parece arrancar con titubeos la circulación, el recambio de elites desgastadas por los fracasos de vigorizar el desarrollo con mediana justicia económica, de evitar el deterioro de la política después de la aplastante derrota de los viejos partidos y de las deficientes estrategias calcadas del exterior.

Debido a la inhibición a tomar iniciativas propias, frescas, nuestras, se ha caído en las reglas del postcolonialismo y acumulado innumerables desequilibrios socioeconómicos. En efecto, hemos abrazado un modelo de crecimiento hacia afuera, sin política industrial ni reconversión productiva y, ahora, con demanda externa probablemente descendente; aceptado la libre movilidad de bienes y de capitales con desajustes crónicos de pagos; suscrito a ultranza el objetivo de la estabilidad al hacer independiente al Banco Central para cuidar de los precios, aun con sacrificio del empleo; quitado o suprimido funciones desarrollistas a la banca estatal para concentrarla en mitigar contingencias de la banca comercial; comprimido casi hasta la desaparición a la inversión pública pensando que el capital privado se ocuparía con ventaja hasta de la infraestructura nacional; sostenido impuestos excepcionalmente reducidos y abusado de transferencias petroleras para completar el gasto público hasta postrar a Pemex, como lo evidencian los textos de Cuauhtémoc Cárdenas y Ramón Carlos Torres; permitido el deterioro de la participación de sueldos y salarios en el producto, hasta configurar una economía singularmente desigual de demanda insuficiente; descuidado o dilapidado recursos naturales con deterioro de nuestra ecología.

Nos dominan postulados extremos sobre competitividad y eficiencia que conspiran y derrotan a la equidad social y a la capacidad decisoria del país. En suma, tenemos un país plagado de desajustes, donde la manera de sobrellevarlos es repartiendo pobreza, forzando a la baja el ascenso del bienestar general. En tal

virtud, el propio Banco Mundial en su último informe, recomienda a América Latina, a México, fortalecer sus redes de protección social, como único medio de sanear y, yo diría a medias, los descuidos desequilibradores mencionados.

Corregir, ordenar, quitar virulencia a esos malestares cualquiera que sea su origen configura la compleja tarea del nuevo gobierno y de la sociedad mexicana toda. Nos anima la conjunción política contemporánea de enriquecer la observancia de los derechos humanos y las reglas de la democracia en favor de la justicia social. Pero, al mismo tiempo, advertimos que la falta de regulación de las normas económicas y el exagerado individualismo político, fácilmente harán ganar a las tendencias contrarias en la batalla distributiva. El caso del huachicol ejemplifica los tropiezos insalvables de desarmar para bien cadenas delincuenciales consolidadas sin causar daños colaterales. Como señala García Ramírez, lejos de enfrentar una delincuencia tradicional, tropezamos con una más evolucionada, de raíces múltiples que unen a la delincuencia del hambre con la delincuencia de los poderosos.

En definitiva, sin esperar milagros, con enorme paciencia y destreza políticas habrá que configurar un complejo y atrevido entramado de comportamientos menos individualistas, más colectivos y, a la vez, vivificadores de una rica diversidad de ideas y políticas, como lo subraya Woldenberg. Habrá que proceder con intencionalidad selectiva, no intentar abordarlo todo y, por esa vía, circunscribir las reacciones inevitablemente adversas al territorio manejable de la genuina persuasión política. A la postre, quizás sea insustituible formar una alianza desarrollista que integre a empresarios, trabajadores y gobierno en acuerdos políticos de inversión, empleo y protección social. El objetivo sería combatir las raíces del desorden, la impunidad, la violencia a la par de vencer en lo inmediato vivas tendencias recesionistas.

¿Seremos capaces de absorber errores, inexperiencias para desbrozar y dar continuidad a ese tipo de estrategia? Recuérdese que los países no suelen morir,

aunque a veces tarden en encontrar el buen camino. En esa tarea de diagnosticar problemas, prioridades, tiempos, soluciones, se resume la intención de los trabajos profesionales reunidos en el último número de Economía UNAM. Pero ahí no terminan los empeños universitarios. El "Programa Universitario de Estudios del Desarrollo" ha terminado un documento que enriquece, completa, da seguimiento a los ensayos referidos al presentar cien propuestas sobre la política económica y social del futuro. Al diagnóstico le debe seguir el pensamiento, la acción, programática como enseña la lógica de la planeación. Ojalá gobierno y sociedad escuchen y respondan.